

Presentación

El año 2003 fue para nosotros un año gestacional.

Ya desde enero fue tomando cuerpo la idea de fundar un centro, una agrupación, un ámbito para enseñar y aprender, para discutir ideas y para que los jóvenes profesionales pudieran comenzar a trabajar en psicoterapia psicoanalítica.

Hacia mediados de ese mismo año, por reiteradas invitaciones de nuestro amigo Hernán Simond, tuvimos la ocasión de acercarnos a las reuniones de *psicoanálisis multifamiliar* que se llevaban a cabo los martes en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), y conocimos allí no solo un modo psicoanalítico de trabajar sino también a su impulsor, el Dr. Jorge García Badaracco, y a un grupo numeroso de sus pacientes, discípulos y amigos.

Al año siguiente, a mediados de 2004 nació el Centro Psicoanalítico de Estudio y Asistencia (CPSEA) en el que unos veinte profesionales nos reunimos con el fin de cumplir aquel proyecto inicial. No sabíamos entonces que la necesidad comunitaria nos iba a presionar para que pusiéramos en marcha un grupo de psicoanálisis multifamiliar a partir de un puñado de familias necesitadas de ayuda porque alguno de sus hijos padecía algún tipo de *discapacidad intelectual*.¹

¹ Después de leer la conmovedora *Declaración de Montreal sobre la discapacidad intelectual* (OPS/OMS, 2004), nos parece muy conveniente adoptar

Así nacieron juntos la institución que lo aloja y un grupo de psicoanálisis multifamiliar de peculiares características. Nacimos también nosotros a una experiencia que poco tiempo antes ni soñábamos realizar.

Hoy, seis años después, podemos decir que aquella feliz coincidencia de nacimientos no solo fue oportuna sino también fecunda. Sucede que desde el primer momento nos propusimos aceptar los interrogantes que la práctica nos planteara —por ejemplo, si el psicoanálisis tiene algo que aportar en pacientes con síndrome de Down—, nos propusimos aprender, nos propusimos tomar nota, registrar la experiencia y nos propusimos contarla.

De ese modo, fuimos elaborando —y lo seguimos haciendo— escritos, relatos, investigaciones teórico-clínicas, y creímos útil reunirlos en este libro como la manera más sencilla y efectiva de contar una experiencia y de recoger las enseñanzas que surgen de ella.

Los textos que ahora publicamos fueron escritos en distintas ocasiones y con diferentes finalidades; por ese motivo, cada capítulo constituye una unidad en sí mismo y puede ser leído sin necesidad de conocer los anteriores o los siguientes. Los escritos no pierden, sin embargo, unidad, ya que vistos en su conjunto, con una mirada panorámica, ofrecen una pers-

esta terminología en lugar de las más antiguas “retraso”, “debilidad” o “deficiencia” mental. La Conferencia Internacional que redactó la “Declaración...” merece credibilidad y respeto. Integrada incluso por discapacitados intelectuales y otros discapacitados, no puede ser sospechada de discriminación alguna; quizás por eso, goza de toda la libertad necesaria para llamar a las limitaciones por sus nombres, sin temor, con palabras acertadas, y no necesita recurrir a eufemismos y negaciones.

pectiva bastante completa acerca de cómo estamos pensando los distintos problemas.

El “Prólogo epistemológico-teórico”, como se patentiza ya en su nombre, es un poco más abstracto que el resto del libro. Su lectura puede dejarse incluso para el final.

No ocurre lo mismo con el escrito titulado “La grieta”, incluido como “Prólogo vivencial (imprescindible)”. Allí exponemos el *sustrato ideológico* o el *espíritu de base* que sostiene la posibilidad misma de llevar a cabo la tarea que narramos en este libro. Si para emprenderla ese espíritu de base es imprescindible, también es imprescindible como punto de partida la lectura de este prólogo para aquel a quien le interese el libro.

El Capítulo 1 trae una síntesis personal –global o panorámica, pero no completa– de la teoría sobre la enfermedad y la cura que aparece en primer plano en los diferentes escritos que componen este volumen. Su virtud –ser una síntesis clara y breve– puede ser también su mayor defecto si se espera atrapar en esas pocas páginas un modo de pensar y trabajar que ni siquiera el libro entero logra condensar.

El Capítulo 2 es en cierto modo el corazón de esta publicación. En tanto relato de una experiencia, tiene un carácter testimonial que se propone comunicar lo esencial en un texto cuya lectura sea llevadera sin dejar por eso de ser profundo. Anhelamos que su aparente sencillez no encubra la espesura de lo que queremos transmitir.

Los Capítulos 3, 4, 5 y 6 son relatos de fragmentos de casos clínicos, interesantes todos ellos por diferentes motivos. Pero es necesario señalar una diferencia: los casos presentados en los Capítulos 3 y 4 (“El ruido de la locura y el silencio del atontamiento” y “Acerca del ‘no’ enloquecedor”) deben ser evaluados dentro del *contexto de descubrimiento* en

el que fueron pensados. Aspiramos a haber podido extraer de ellos algunos aportes teóricos para proponerlos al debate con el lector.

Los Capítulos 5 y 6 (“La ‘intoxicación’ de Aníbal” y “La ausencia de simbolización o la simbolización de la ausencia”) fueron escritos a modo de *corroboración de observaciones y teorías* ya desarrolladas por otros autores. A diferencia de los anteriores, pertenecen, entonces, a lo que se denomina *contexto de aplicación*.

El Epílogo no se propone un balance cuantitativo. Se propone recortar *pensamientos* que sirvan: como herramientas para una evaluación y como orientadores acerca de cuáles son los mejores recursos –teóricos, técnicos y operativos– para continuar la tarea.

En cuanto a la casuística que traemos y la forma de presentarla, somos conscientes de que se trata de casos fragmentarios. Algunos alcanzan solo el nivel de viñetas. Somos conscientes de que los resultados son escasos, a veces, mínimos, incluso nulos. Nos basta con pensar que si hubo respuesta es porque la interpelación fue válida, porque, sobre todo, somos conscientes de que el trabajo clínico que relatamos está *en los límites de lo posible*. Paradójicamente, en casos tan extremos, la expectativa por lograr éxito es escasa, de modo que todo resultado, por pequeño que sea, genera entusiasmo.

Por otra parte, como queda bien claro sobre todo en el Capítulo 2, la empresa se vuelve posible gracias al sostén que significa trabajar en conjunto con otros colegas. La red que se construye al realizar la tarea en equipo no sirve solo para sostener a los pacientes, sino que además permite sostener la labor misma y el ánimo de quienes la realizamos.

Este es el lugar entonces para los agradecimientos. Andrea Di Bella, pensando en las necesidades de padres y alumnos de una escuela especial, se ocupó generosamente de insistir para que se organizase el grupo multifamiliar y continúa con constancia la tarea concreta de la organización de las reuniones. María Montserrat Pérez Sarre lleva, casi desde el comienzo, un registro prolijo y completo de las reuniones multifamiliares y de los ateneos posteriores. María del Carmen Lambruschini y Marcos Scholl participan activamente del trabajo del equipo. Los cuatro atienden pacientes en forma individual sin retacear esfuerzos en las circunstancias más difíciles. María Estela Bouyriè ha puesto toda su experiencia y entrega al servicio de los que necesitan nuestra ayuda; su ejemplo conmueve y estimula.

También otros colegas han trabajado con enorme dedicación y con la tolerancia a la frustración que hace falta para tratar pacientes tan difíciles, y han aportado sus materiales clínicos para contribuir con ciertos aspectos centrales o colaterales de estos trabajos. Saben que les agradecemos y saben también que, en algunos casos particulares, justamente en los capítulos en los que su participación ha sido mayor, hemos evitado mencionarlos por sus nombres en aras del cuidado de la discreción profesional. Entre los colegas que han colaborado y siguen colaborando, mencionemos con gratitud a: Lidia Arce de Bonelli, Silvio Battista, Pedro Boari, Constanza Bonelli, Gastón Gómez, María Emilia Machao, María Luisa Miller, Fernando Pérez, Lucía Rocher, Florencia Ruiz Díaz, Natalia Sánchez, Marina Sicardi, Luciana Soutric y Darío Zaga Szenker.

Nos queda agradecer a Norma Cerrudo, nuestra editora, quien siempre con la mejor disposición hizo que todo fuera sencillo, y a Leandro Wolfson, corrector y asesor literario, quien además, con su consejo comprometido, nos ayudó a salir de

las dudas que en amplia gama se presentan cuando uno se decide a publicar.

Como suele ocurrir, son muchos los que no van a recibir un reconocimiento explícito en estos párrafos. Pero así como la verdadera gratitud de cualquier discípulo no consiste en decir gracias, sino sobre todo en aprender las enseñanzas de sus maestros, hacerlas propias, usarlas y trasmitirlas a otros, aspiramos a que nuestra gratitud se refleje más que nada en la tarea que realizamos –y el trabajo de contarla–, si es que tarea y relato terminan siendo de utilidad para alguien.

Domingo Boari y Olga Inés Pon

Enero de 2011